

El contradictorio panorama de la educación en América Latina

"La educación hace a la gente fácil de dirigir pero difícil de manipular,
fácil de gobernar pero imposible de esclavizar".
Henry Peter Brougham (1779-1868)

Por Engelbert L. Valpeoz Vidales



L CONCEPTO de la educación como transmisión de conocimiento existe desde mucho antes que el término mismo. En tiempos primitivos, la supervivencia dependía de esta comunicación de experiencias, de duros aprendizajes que podían significar la diferencia entre la vida y la muerte. Con el curso de la evolución y del desarrollo humano, este aprendizaje fue sofisticándose hasta abarcar incluso los conceptos más abstractos del comportamiento y saber humano.

Pero ya desde la antigüedad, una vez que se establecieron las primeras sociedades verdaderamente organizadas, se dividió a los pueblos entre las clases o castas más altas –con acceso a la educación y a los “secretos” del conocimiento– y “los de abajo”: aquellos cuyo aprendizaje se limitaba a obtener las capacidades necesarias para sostener a reinos y feudos por medio de su trabajo.

En el caso de América Latina, la colonización europea del continente y la subsiguiente eliminación casi total de las culturas existentes produjeron un profundo analfabetismo en donde aquellos nacidos ya bajo el yugo de sus conquistadores no podían recibir libremente las enseñanzas tradicionales de sus pueblos, pero tampoco otra educación que los integrara dentro de la nueva cultura. Esta brecha educativa habría de subsistir durante la mayor parte de los primeros 200 años posteriores a la colonización y fueron pocos los esfuerzos por subsanarla, ya que, como corolario a la cita de Henry Peter Brougham al principio de este texto, los pueblos ignorantes eran más fáciles de manipular y subyugar.

Sin embargo, posterior a la ola independentista y hacia finales del siglo XVIII, el Estado se aleja del control absolutista, fija límites a sus atribuciones y toma un papel más activo en la creación de accesos y garantías para la educación, por lo que las sociedades se secularizan y la nueva clase media identifica la educación, ahora con carácter igualitario, como un factor clave para ascender socialmente. Estos mismos avances educativos se reflejan, aunque de modo indirecto, en el crecimiento económico de las naciones por medio de los procesos de industrialización y producción.

A pesar de ello, las diversas crisis económicas posteriores, aunadas a los períodos dictatoriales en la región, producen un retroceso político y social, así como una paulatina reducción de la clase media con cada vez menos acceso a la educación, lo que disminuye la capacidad de las fuerzas laborales y produce una ralentización en el desarrollo económico que afecta, hoy, a toda la región.

Así, mientras que Cuba, Chile, Argentina y Venezuela están a la cabeza en materia de alfabetización, la región aún tiene 35 millones de habitantes menores de 15 años en condi-

ción de analfabetismo, según datos del reporte de la Unesco "Estado de la Educación en América Latina y el Caribe", de agosto de 2008.

En Colombia, la matrícula de educación media ha crecido en 20 por ciento en la última década, pero aún hay cerca de 430 000 jóvenes fuera de las escuelas, en especial en las zonas rurales. Mientras tanto, en México la cobertura de la educación media superior subió de 48 a 66 por ciento en la misma década, pero solo 45 por ciento de la población estudiantil entre 18 y 24 años concluyó sus estudios de ese nivel, por debajo de Chile (80 por ciento), Venezuela (62 por ciento) y Brasil (57 por ciento).

A pesar de estas cifras, la más reciente medición de Latinobarómetro en 18 países de la región en 2010, la educación solo recibió 3 por ciento de las menciones como el principal problema en sus naciones, mientras que 38 por ciento de los latinoamericanos encuestados señaló los problemas económicos, la pobreza, el desempleo y la delincuencia como prioridades. Al parecer, no se ha enfatizado lo suficiente –o entendido– la relación entre estas situaciones y una educación deficiente.

El reporte "Financing and Managing Education in Latin America and the Caribbean" de 2004, escrito en conjunto entre Cepal y Unesco, indica que los adultos latinoamericanos que están dentro del 10 por ciento con mayores recursos cuenta con siete años más de educación formal que aquellos dentro del 30 por ciento más pobre.

El mismo estudio planteó que, para emerger de la pobreza, era necesario –al menos– contar con una educación formal de entre 11 y 12 años, puesto que entre 72 y 96 por ciento de las familias que viven debajo de la línea de pobreza en América Latina cuentan con un jefe de hogar adulto con menos de nueve años de educación formal. Traduciendo los porcentajes en factores humanos, esto significa que entre 122 millones y 163 millo-

nes de personas están subeducadas en la región. Y al estar subeducadas, sus oportunidades de salir adelante son proporcionalmente menores.

De los habitantes que sí han tenido la oportunidad de asistir a la escuela, de acuerdo con el informe del Programa Internacional para la Evaluación del Estudiante (PISA), elaborado por la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OCDE), 80 por ciento de los estudiantes de Perú, 56 por ciento en Brasil, 48 por ciento en Chile y 44 por ciento en Argentina y México no realizan tareas elementales como hacer inferencias de baja dificultad, encontrar el significado de partes definidas de un texto o usar algún conocimiento para entenderlo.

En la última evaluación PISA en la que participaron estudiantes de 15 años de 65 países, los cuatro países latinoamericanos representados quedaron en el tercio más bajo, lo que sugiere un rezago equivalente a dos años de educación, según el estudio "Latin America and the

PARA SALIR DE LA POBREZA, ES NECESARIA UNA EDUCACIÓN FORMAL DE ENTRE 11 Y 12 AÑOS.

Caribbean's Long Term Growth: Made in China?", de septiembre de 2011.

A pesar de esta realidad, de acuerdo con una encuesta del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), 85 por ciento de los costarricenses y 84 por ciento de los venezolanos están satisfechos con sus sistemas de educación pública, mientras que 66 por ciento de los alemanes y 67 por ciento de los estadounidenses están conformes con los suyos. Esto es una señal reveladora de que, quizás, parte del problema es que

el nivel de expectativas podría ser mucho mayor en otros países que en América Latina. Además, de los jóvenes entre 15 y 19 años que están en la escuela, el 43.4 por ciento está retrasado en sus estudios (lo que representa aproximadamente 11 millones de estudiantes), y de estos, el 60 por ciento está rezagado en tres o más años de estudio respecto de lo que corresponde a su edad.

En cuanto a Educación Superior, 27 por ciento de los jóvenes latinoamericanos en edad universitaria están inscritos en instituciones educativas, comparado con el 69 por ciento de sus pares de los países industrializados, según la OCDE.

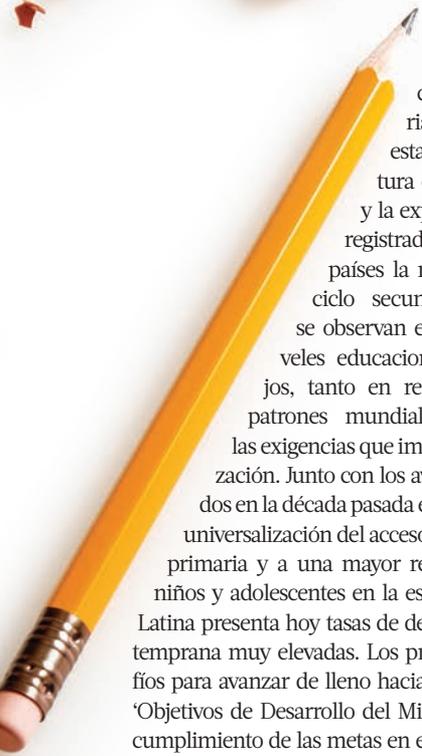
LA PARADOJA

Diversos organismos internacionales han enfocado sus esfuerzos en las últimas décadas en poner la educación al alcance de todos. Hay grupos de voluntarios que se aventuran a los rincones más remotos de las zonas rurales tan solo para dar clases a una población marginada, se inyectan recursos gubernamentales y privados para construir escuelas, se lanzan campañas de toma de conciencia e informativas. En general, el acceso a la educación ha tomado un papel preponderante en las agendas latinoamericana e internacional.

Y esto ha rendido frutos, hasta cierto punto. En el estudio conjunto de la Cepal y Unesco se indica que entre 1990 y 2001 el nivel de matrícula (inscripción) escolar en la región aumentó de 89 por ciento a 94 por ciento. La comparación con datos de la década de 1960 debería decirnos todo: América Latina tenía 41 por ciento de cobertura en la escuela primaria. Esto es una clara señal de que cada vez más niños tienen acceso a un sistema educativo formal y, en teoría, a mejores oportunidades de vida.

Sin embargo, Ernesto Espíndola y Arturo León, de la División de Desarrollo Social de la Cepal señalaron en un reporte de la Organización de Estados Iberoamericanos, en 2002: "Al iniciarse el siglo XXI, nueve de cada 10 niños y niñas latinoamericanos tienen acceso a la edu-





cación primaria. No obstante esta elevada cobertura del ciclo básico y la expansión que ha registrado en muchos países la matrícula en el ciclo secundario, todavía se observan en la región niveles educacionales muy bajos, tanto en relación con los patrones mundiales como con las exigencias que impone la globalización. Junto con los avances registrados en la década pasada en procura de la universalización del acceso a la educación primaria y a una mayor retención de los niños y adolescentes en la escuela, América Latina presenta hoy tasas de deserción escolar temprana muy elevadas. Los principales desafíos para avanzar de lleno hacia el logro de los 'Objetivos de Desarrollo del Milenio' y para el cumplimiento de las metas en el año 2015, son evitar que los niños abandonen la escuela antes de terminar el ciclo básico y disminuir lo más posible la deserción en el ciclo medio".

En este planteamiento existen dos problemas claros: la deserción escolar y la baja calidad de la educación. De poco sirve brindar una cobertura educativa universal si quienes deben beneficiarse de ella no lo hacen.

El mismo reporte indica que cerca de 37 por ciento de los adolescentes de la región entre 15 y 19 años abandonan la escuela, y casi la mitad de ellos lo hace durante la educación primaria. Aunque estas son cifras globales para América Latina, el problema se recrudece en las zonas rurales que, de por sí, plantean un reto mayor para el acceso educativo.

De acuerdo con datos del año 2000 la deserción escolar en las zonas urbanas de Bolivia, Chile, República Dominicana y Perú era inferior al 20 por ciento, en Argentina, Brasil, Colombia y Panamá estaba entre el 20 y 25 por ciento, en Costa Rica, Ecuador, El Salvador, México, Nicaragua, Paraguay, Uruguay y Venezuela el porcentaje de deserción se situaba entre 25 y 35 por ciento de los adolescentes, mientras que en Honduras y Guatemala la tasa alcanzaba el 40 y 47 por ciento, respectivamente, pero en las zonas rurales los porcentajes rebasan en no menos de 20 puntos porcentuales a las tasas urbanas.

Así, enfrentamos una situación en la que el acceso a la educación por parte de los niños

es cada vez mayor, pero las tasas de deserción también lo son. No importa cuanto se invierta en poner la educación al alcance de todos, si no se toman medidas bien definidas para reducir la deserción escolar, mucho del esfuerzo será en vano.

Y esto no es solo cuestión de políticas públicas o sociales. Los planes escolares como tales deben ser redefinidos y adaptados al contexto de cada población en particular. No hay una "solución para todos". Aunque como latinoamericanos compartimos parte de nuestra cultura y, exceptuando Brasil, el mismo idioma (con sus variaciones locales), la realidad es que nuestro contexto social en cada país, ciudad y zonas rurales es muy diferente a la de los demás. Mientras no se desarrollen planes educativos adaptados a la realidad de cada región, seguiremos viendo altas tasas de deserción escolar, marginación y pobreza.

La Unesco define a una nación como libre de analfabetismo cuando 96 por ciento de la población mayor de 15 años sabe leer y escribir. Según

EL ACCESO A LA EDUCACIÓN ES CADA VEZ MAYOR, PERO TAMBIÉN LO ES LA DESERCIÓN.

el Anuario Estadístico 2008 de la Cepal, los únicos países de la región que se consideran completamente alfabetizados son Cuba, Venezuela, Costa Rica, Uruguay, Chile y Argentina: seis de 21 países latinoamericanos.

DOCENCIA COMO MERITOCRACIA

La otra cara de la moneda involucra a los que representan el eslabón entre el alumno y el sistema: los maestros. Es innegable que muchos de ellos, quizás la mayoría, tienen la vocación y el deseo genuino de transmitir conocimientos a sus alumnos. También es verdad que otros solo permanecen en el cargo por la comodidad que les representa, la garantía de un sueldo a pesar de un pésimo desempeño o de no contar con la preparación sufi-

ciente para el cargo. Por ejemplo, en Uruguay, la mitad de los docentes que ingresan en los institutos de formación fracasaron previamente al intentar cursar una carrera universitaria, mientras que la matrícula del magisterio se redujo un 30 por ciento en los últimos tres años.

Aquí solo hay una salida en dos partes. La primera, tomar en serio la formación de maestros y maestras y brindarles programas de capacitación que los habiliten para realmente ayudar a los estudiantes a aprender lo que necesitan para salir adelante y, la segunda, colocar al magisterio en un esquema de meritocracia, donde los sindicatos de maestros sí protejan sus derechos laborales, pero que no se escuden en ello para dar cobijo a la incompetencia y la mediocridad.

América Latina ha sido un semillero intelectual y cultural que ha generado grandes personalidades. También ha sido la cuna de incontables desarrollos tecnológicos y sociales. Pero la carga del desarrollo y del crecimiento no puede estar solo sobre los hombros de unos cuantos, sino en todos sus habitantes.

La población mundial, y en específico la de América Latina, solo podrá alcanzar su potencial completo en la medida en que esté educada. El núcleo familiar debe asumir su responsabilidad, así como deben hacerlo los sectores gubernamentales y las asociaciones civiles. Son muchos los actores involucrados, pero si participan con honestidad y poniendo el mejoramiento de la sociedad por encima de los intereses políticos y económicos, seguramente veremos un resurgimiento cultural y educativo que dignifique a la humanidad.

Independientemente de las creencias religiosas de cualquiera de nosotros, el Evangelio según san Juan 8, 31-42 contiene una gran pieza de sabiduría: "La verdad os hará libres". Y la verdad solo puede alcanzarse mediante la educación. **nw**

